

I

Jamás se borrará de mis ojos esa primera imagen de Buenos Aires: la plaza mayor desierta y una procesión de hombres de rojo atravesándola en dirección a la Catedral. Sobre sus cabezas, como levitando, un féretro negro.

El crepitar de las antorchas era el único sonido en los alrededores. Su fuego, la única luz. No se veía un solo ser ajeno al extraño cortejo. Ni un vendedor ni un mercachifle en la Recova. A través de las arcadas de esta galería que divide la plaza en dos, avanzaba la procesión fantasmal hacia mí. Por la posición en la que me encontraba, sobre las escalinatas de la Catedral y perpendicular a la Recova, el ataúd se me hizo una góndola fúnebre flotando sobre un río de sangre. La asociación no es disparatada, porque el Buenos Aires de aquel tiempo se parecía mucho a la tétrica Venecia de los Dux, de las delaciones y de los tormentos. En todo caso, era una Venecia que se hundía.

Soy anglicano, pero sobrevivir a una semana de navegación en aguas turbulentas merece una plegaria de agradecimiento aunque fuera en un templo católico. No bien llegado a esta ciudad desde la de Río de Janeiro entré a la Catedral. Hacía frío y estaba empapado. Habíamos desembarcado a más de cinco millas de la costa para encaramarnos a un bote precario de a tres pasajeros a la vez. Así arrimamos a un carretón tirado por un par de muchachos semidesnudos. Como furiosos Titanes pero con un lenguaje que nada tenía de helénico, las bestias de tiro se maldecían uno al otro, aunque no por rivalidad, sino como una forma de espolearse para llegar más pronto al muelle. Las ruedas gigantes levantaban olas de barro que los cueros laterales del carretón, por viejos, no conseguían rechazar. Cuando alcancé el muelle tenía los pies helados y el capote negro moteado de marrón. Pasé otro cuarto de hora discutiendo con una pandilla de changadores que se disputaban mi

única bolsa de viaje, algunos en español, otros en dialectos enigmáticos. Aunque yo entendía el idioma del país, me escudé en mi inglés para simular no comprenderlos y favorecí al más callado. Me acompañó en silencio a través de la alameda que corre entre el río y la ciudad. Al fin de ella nos detuvimos en la casilla de aduana. Revisaron el contenido de mi bolsa con una curiosidad excesiva por estar llena de camisas y partituras, di un nombre falso y seguimos camino al albergue céntrico que me esperaba. El changador solo abrió su boca para responder sobre siniestros tambores que se escuchaban a lo lejos. El ritmo era imposible, y un buen tramo de la caminata hice el ejercicio de imaginar cómo podría transcribirlo en pentagrama. El changador explicó que así eran los domingos y días de fiesta entre los negros del barrio del tambor. Pero antes de llegar al hotel los parches repentinamente callaron. Fue como si obedecieran una orden. Entonces, en este súbito silencio, noté que nadie andaba por las calles.

Mi hospedaje lo proveía el Club de Residentes Extranjeros, una fonda ubicada justo frente al muro lateral izquierdo de la Catedral. Luego de verificar que el changador dejara mi equipaje y sin ni siquiera entrar a cambiarme los zapatos húmedos, crucé al templo para entrar por la puerta lateral. Desconocía la existencia de una iglesia anglicana a pocas calles, y de todas maneras no las hubiera caminado en tal estado. Después de todo, mi madre era una católica irlandesa y en mi hogar siempre convivieron ambos credos. Así que entré a la Catedral de Buenos Aires. Y aquí vino mi sorpresa mayor: estaba a oscuras. Busqué a tientas la primera capilla, me arrodillé y recé. Temía tanto silencio y tanta negrura en pleno centro de la ciudad. Cuando salí lo hice por la puerta principal, para ver la plaza mayor y comprobar si también allí había la misma desolación que notara en mi camino. Los hombres de rojo y su féretro negro avanzaban hacia el templo. Volví a entrar.

Me intrigaba este funeral sin ceremonias. Me hice pequeño en una capilla al fondo y a la izquierda de la nave. Los fulgores de las antorchas no tardaron en llegar. Recién entonces vislumbré la imagen del Cristo de Buenos Aires que miraba desde lo alto. También él vestía de rojo. Un par de emponchados quedó afuera, custodiando las puertas, mientras el grueso invadió el templo, siempre con el féretro en alto. Venían en

silencio pero eran ruidosos, y el tufo avinado explicaba por qué. Caminaban tambaleantes. Pude espiar al paso las caras barbudas y tajeadas, encendidas no sé si por el alcohol o por el rebote de la luz sobre el rojo de sus ponchos. También debió oírlos el cura que salió precipitado a recibirlos. Lo veía de lejos, pero su figura se agitaba en gestos amplios y urgidos. Parecía esperarlos. Mientras se le acercaban, el cura encendió una lámpara sobre el retablo mayor, al fondo de la nave. Invitaba a los emponchados a bajar una escalera. Un lamento los detuvo. Volvieron sus cabezas buscando de dónde venía. Hubo reproches al cura, como si lo culpasen por la intrusión. Se repitió el quejido y adiviné al perro callejero buscando refugio del frío.

Otro personaje asomó desde la sacristía, a la derecha de la nave y por lo tanto frente a la capilla desde la que yo espiaba. El quinqué sostenido en alto iluminaba su figura bastante bien. Era un hombre bajo de estatura, de edad indiscernible y de movimientos delicados. Se apuró a buscar al perro intruso, pasando por entre los hombres de rojo con disculpas murmuradas a cabeza gacha, temía mirarlos a la cara. Los otros le soltaron alguna burla, alguna provocación, alguna risa de desprecio por sus maneras femeninas. Con todo su oficio, el Perrero no necesitó escuchar un nuevo lamento del animal para encontrarlo, y se dirigió a una capilla precisa, justo al lado de la mía. El perro empezó a gruñir, se resistía a ser desalojado. Entretanto, los hombres de rojo desaparecían debajo del retablo precedidos por el cura.

Me quedé viendo cómo el Perrero iba por su palo. Tenía uno a mano, en alguna de las capillas. Ya con el bastón en su poder pareció dudar. Miraba alternativamente hacia el refugio del animal intruso y hacia el retablo, ahora solitario, como debatiéndose entre el deber y la curiosidad. No lo culpo, porque yo también la sentía. Sin conocer las costumbres de este pueblo, me daba cuenta de que éste no era un rito fúnebre habitual. El hecho de que la plaza se hubiese vaciado un momento antes era un indicio siniestro. Al decidir mi viaje, mis amigos del teatro me habían hecho recomendaciones sobre los bandidos que pululaban por la Recova incluso en horas de la noche. Pero hete aquí que afuera no quedaban ni los bandidos.

Algo incongruente ocurría: este sepelio se celebraba nada menos que en la cripta de la Catedral, honor reservado a los notables, pero la única compañía del muerto era una banda de borrachos. ¿Deudos no había? ¿Ni un orador ilustre para despedir al muerto? ¿De quién se trataba? ¿A qué respondía esta combinación de miedo y abandono?

El Perrero dejó palo y quinqué en el suelo y avanzó hacia el retablo: había ganado la curiosidad. También me ganó a mí, que lo seguí de lejos. Me tendí detrás de la balaustrada que protegía los laterales de una escalera que llevaba a las profundidades de la cripta. Desde abajo llegaban los fulgores irregulares de las antorchas. A su luz pude ver mejor al sirviente de la Catedral. Era un mulato picado de viruela, de unos cuarenta años, cincuenta quizá. Lampiño, de ojos grandes. Y muy osado: descendió todavía otro par de escalones, con la intención de espiar mejor, porque la escalera doblaba hacia la derecha. Un ruido de maderas rotas nos sobresaltó a los dos y lo hizo recular a él, que cayó sentado, amortiguando por suerte su caída con su capote de paño. Al estruendo de las maderas siguió un suspiro colectivo, como de admiración. Y luego un grito destemplado: ¡Viva la Santa Federación! Fue acallado por los más sobrios de la comitiva, pero su brutalidad alcanzó para helarme la sangre. En ese momento yo no comprendía lo que aquella expresión quería decir, pero de nuevo hallaba una aterradora incongruencia entre una de esas palabras (santa) y la situación, hereje por donde se la mirara. Al sentido del oído siguió el del olfato. Ya me había habituado al desagradable olor del vino ordinario que la corriente nos traía desde escaleras abajo. De pronto, ese olor fue perfume. A flores frescas y a especias. No había notado que alguno de aquellos forajidos trajese flores. Tampoco el cura que los acompañaba. El origen del perfume tuvo que ser tan sobrenatural como para justificar el gemido del mulato que espiaba en el recodo. Esto lo delató. No tardaron ni un segundo en saltarle encima dos o tres hombres de rojo, rápidos y feroces como tigres. Allí comenzó una confusión de golpes y alaridos. El pobre fisgón juraba a gritos que no había visto nada, hasta que sus palabras se volvieron gorgoros. El perro invasor le hizo contrapunto con su llanto. Para ese entonces yo ya había corrido en cuclillas por el centro de la nave para refugiarme en la primera capilla que encontré. No podía salir de la Catedral sin ser

visto por los guardias que habían quedado afuera. Así que me tendí en el suelo, bien pegado contra la pared húmeda, y esperé vigilante. Había vuelto el silencio.

Antes de que los hombres de rojo se retiraran de allí quizá pasara media hora, pero me pareció una noche. No los vi salir, porque cerré mis ojos. Los escuché arrastrar sus pies torpes y los olí, sudorosos y alcoholizados. Los portones de la Catedral se abrían y cerraban. Recién entonces me animé a mirar. El mulato se arrastraba como un gusano a los pies del retablo, avanzando a escasos metros de mi refugio. Vino el cura a asistirlo, espantado y persignándose pero sin atreverse tampoco él a hablar. Lo tendió boca arriba y lo iluminó con el quinqué dejado allí un rato antes por la propia víctima. Entonces vi la obra de aquellos demonios. La cabeza del mulato era ahora una calavera viva. Los facones habían castigado su triple ofensa de ver, oír y oler, perforando sus ojos, cortando sus orejas y rebanando su nariz. Quiso el cura detener la sangre con su casulla, que pasó del blanco al rojo, volviéndola parodia del poncho agresor. Abandonó el intento y dejó que el perro viniera a lamer la cara de su propio perseguidor, hasta el animal se apiadaba del desgraciado. Desde afuera, retumbando en las arcadas de la Recova en ruinas, nos llegó el mismo grito de la cripta, ahora coreado y ampliado: ¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!